

Voy a hacer una excursión en el campo gubernamental para dar a conocer las ideas directivas respecto de la campaña, y explicar sucesos que a primera vista aparecen oscuros o incoherentes. Este conocimiento es la brújula de la

historia.

La opinión pública que no abandonó su derecho de fiscalización de las operaciones militares, estaba dividida sobre el objetivo de la campaña terrestre. Una parte abogaba por una expedición a Lima, que desconcertase al Gobierno del Perú. Otra por Tarapacá. En aquella corriente popular influía mucho el recuerdo de las campañas de San Martín y de Bulnes, que Vicuña Mackenna le recordaba todos los días en la prensa, suponiendo que por falta de audacia no se acometía ahora esa empresa que no habría arredrado a los viejos ejércitos de la República. Este recuerdo daba partidarios a esa idea.

Había, sin embargo, una gran diferencia entre la campaña de Bulnes y la actual. La de San Martín se elimina por sí sola de la comparación atendido su objeto. Bulnes marchó al Perú a cimentar la hegemonía militar y moral de Chile en el Pacífico. Su misión era destruir la Confederación Perú-Boliviana, y regresar sin exigir nada del Perú. Por consiguiente su misión era vencer al enemigo, y reembarcarse una vez rota con la espada la fórmula política con la cual se pretendía colocar a Chile en categoría subalterna. Para encontrar a ese enemigo lo fué a buscar primero a Lima, y como se encerrara en el interior, lo persiguió quemando sus naves, hasta dar con él en Yungay. La campaña de Bulnes guardó relación con su objeto.

La de 1879 tenía un fin distinto.

No era ya un misterio que lo que se jugaba al azar de la guerra en 1879, era por parte del Perú Tarapacá; por la de Bolivia el territorio del Norte y Sur del 23º; por la de Chile toda su región salitrera hasta el Sur del 26º, aspiración que no había ocultado la prensa de aquellos países. Hasta el momento a que hemos alcanzado en esta obra el Gobierno de Chile no pensaba anexarse Tarapacá en caso de vencer, sino exigirlo como garantía de una fuerte indemnización de guerra. Por consiguiente la campaña en proyecto tenía que tener en vista esta exigencia y subordinar a ella la política militar, creándose así una disparidad completa entre la campaña de Bulnes y la actual.

Pero como sucede en todo país libre las aspiraciones del público trascienden al Gobierno. La esencia de todo régimen constitucional es que no exista divorcio entre el Gobierno y la opinión. Santa María se dejó contagiar por la influencia de esas ideas, y deseaba que destruido el poder naval del Perú nuestro Ejército marchara a Lima. Creía que una campaña rápida a la capital del Perú a raíz de la destrucción de su escuadra sería de un efecto moral aterrador. Esto lo pensaba antes del combate de Angamos.

Colocándose en el supuesto de la captura del *Huáscar* escribía a Sotomayor:

"Agosto 21. La desaparición de este buque permitiría mover inmediatamente nuestro Ejército y entonces yo opinaría —piénsalo bien— porque expedicionaríamos sobre Lima y no sobre Tarapacá. Inmenso sería el efecto moral que produciría la toma de Lima una vez aniquiladas las fuerzas marítimas peruanas". "Ya verás por esto que cambio de mi antigua manera de pensar, pero este cambio tiene su fundamento en que doy por completamente abastida la marina peruana".

Después se convenció que lo más conveniente era marchar a Tarapacá.

Ideas de Pinto El Presidente seguía creyendo que el objetivo militar debía ser Tarapacá. Las principales líneas del proyecto que acariciaba eran éstas: acometer el desembarco en un puerto de ese territorio; fortificarlo con cañones que llevaría la expedición, y establecer en él una o dos resacadoras de agua con rapidez. En seguida apoderarse de uno de los pozos o aguadas de la región salitrera, y colocar el Ejército en un campamento fortificado al lado del agua, esperando el ataque del enemigo, y no yéndolo a buscar porque no consideraba suficientemente veterano a nuestro Ejército para tomar la ofensiva. En cambio creía que debía desparramarse la caballería para privar a las guarniciones de los puertos de los recursos del interior y quitarles sus elementos de vida.

Este plan si tal puede llamarse, tenía el inconveniente de que daba tiempo para que se reuniesen todas las tropas de Tarapacá en un punto y posiblemente las de Tacna.

Para llevar a efecto la idea esencial de la operación que era tomar una posición del interior con agua, era indispensable apoderarse de un ferrocarril que transportase rápidamente el Ejército a ese punto y le evitase la demora consiguiente a la movilización.

Había en Tarapacá tres lugares con ferrocarriles de penetración al interior y aguadas en sus extremidades: Patillos, comunicado con una vía férrea con el pozo de San Lorenzo situado entre el campamento de la Noria y el de Quillagua, el que se daba la mano con la guarnición de Tocopilla y de Antofagasta; Iquique, unido en la misma forma con la Noria y Pozo Almonte, Pisagua con Dolores.

Pinto se limitaba a señalar como término de la expedición a Tarapacá. En cuanto a la elección del punto de desembarco y a la dirección de las operaciones, las dejaba al criterio de Sotomayor.

Sus anhelos están expresados en su correspondencia particular.

"A Sotomayor. Septiembre 21. Respecto a planes de campaña creo que el objetivo que debemos proponernos es Tarapacá. Lo demás (Lima) lo creo de tan difícil ejecución que vale más no pensar en ello. Destruído el Ejército peruano de Tarapacá y demás de ese departamento, considero concluida la guerra. Ese golpe bastaría para concluir con la alianza perú-boliviana. No creo que nos veríamos en la necesidad de ir más adelante.

"¿Cómo realizar ese fin?

"Esta es la cuestión que tú debes resolver. No hay muchos caminos que elegir, pues, de necesidad, será necesario un desembarque en alguno de los siguientes puertos.

"1º Pisagua, Junín o Mejillones (del Perú). Algunos de los tres primeros puertos sería

indudablemente mejor, pero pudiera ser difícil por haber fuerza en ellos. Pudiera ser que el desembarque fuera posible protegido por la Escuadra, y que nos dejasen desembarcar para evitar el bombardeo de Pisagua.

"En Mejillones el desembarco sería fácil, pero la travesía de Mejillones al interior, difícil y penosa.

Un desembarque en algunos de esos puertos, tendría la ventaja de que podríamos interceptar mejor las comunicaciones al Ejército peruano acantonado en la Noria y cortar la reunión de bolivianos y peruanos.

"2º Desembarque en Iquique. Difícil por haber fuerza en él, pero digo respecto de éste, lo que he dicho antes respecto de Pisagua, que pudiera suceder que por evitar el bombardeo nos dejasen bajar a tierra. Iquique tendría la ventaja de ser un buen puerto, fácil de fortificar, y comunicado con Chile por el cable. Tendría también la ventaja de que nuestros transportes llegarían a Iquique con más facilidad que a Pisagua. De Iquique nos dirigiríamos al interior y ocuparíamos las posiciones que nos convinieran. Nunca he creído en la imposibilidad que algunos creen habría para nuestro Ejército de ir al interior desde Iquique. Las tropas acantonadas en el Molle se retirarían si ocupamos a Iquique.

"3º Desembarque en Patillos. El desembarque sería fácil, pero la travesía para el interior penosa. De Patillos podríamos dirigirnos a San Lorenzo o a algún punto del interior, donde hubiera agua, dejando expedita nuestra comunicación con el mar.

"Creo que los indicados son los únicos puertos donde podemos desembarcar. Sea que desembarquemos en Pisagua, Iquique o Patillos deberemos dirigirnos al interior y ocupar una posición ventajosa tanto por el agua, como por su facilidad para defenderse y que no esté muy distante de la Noria.

"No soy de la opinión de desembarcar y dirigirnos sobre la marcha a la Noria para atacar al ejército enemigo. Esta operación pudiera ser peligrosa. Nuestro Ejército llegaría fatigado, pudiera tal vez faltarle agua en el momento del combate y ello bastaría para desmoralizarlo. El ejército peruano que en campo raso puede ser muy inferior al nuestro, se batiría bien detrás de sus trincheras. Tengo también presente dos circunstancias que es preciso tomar muy en cuenta: nuestro Ejército no está aún aguerrido y no tiene por tanto las condiciones de solidez necesaria para una operación arriesgada como el ataque a una fuerza atrinchera-da". "Sería de opinión que después de desembarcar en algún puerto nos dirigiésemos a algún punto favorable por sus condiciones para defenderse y por sus recursos, especialmente de agua. Que situados allí nos fortificáramos y hostilizáramos al enemigo especialmente con nuestra caballería. Si la fuerza acantonada en la Noria no fuese mucha y se viera que podríamos atacar esa posición con probabilidades de buen resultado llegaría el caso de hacerlo". "Toda operación bélica tiene sus dificultades y sus riesgos, pero me parece que el plan que he bosquejado es realizable y que ofrece las seguridades que pueden apertecerse. Lo que importa es adoptar un plan y tratar de llevarlo a efecto lo más pronto posible".

Estas mismas ideas están repetidas en una abundante correspondencia de Pinto de los meses de septiembre y octubre que no creo necesario reproducir porque sus ideas fundamentales están expresadas en la carta anterior.

Pinto autoriza a Sotomayor para elegir el punto de desembarco

El Presidente dejaba en ella plena libertad a Sotomayor para desarrollar el plan de la campaña dentro de esas ideas *directivas*, y tan es así que una semana después de haberle escrito lo que acaba de leerse le preguntaba:

"Septiembre 30. ¿Dónde piensas desembarcar.

Sotomayor en presencia del problema que se sometía a su cordura tuvo dos proyectos: uno antes de la toma del *Huáscar*, el otro después. El primero era bajar en Patillos, y marchar a San Lorenzo, donde se uniría con las fuerzas de Quillagua. Se fijaba en Patillos por estar al sur de Iquique, procurando no dejar su línea cortada por este puerto, donde se habían colocado cañones de sitio que podían servir de refugio al *Huáscar* para ejecutar asaltos rápidos sobre los transportes que traficaran entre Antofagasta y el lugar de desembarco.

Suprimido este temor con la captura del *Huáscar* consideró preferible bajar al norte de Iquique, en Pisagua o Junín. Esta es una caleta que mora un poco al sur de Pisagua.

Las ideas del Gobierno se uniformaron en la necesidad de marchar cuanto antes a Tarapacá. Razones muy poderosas determinaron esa resolución del Gabinete, las cuales aceptó también Santa María.

Eran de doble carácter aunque en el fondo una sola: el temor de la intervención europea que ya se presentía, y la necesidad en tal evento de estar en posesión de Tarapacá para resarcirse de los gastos de la guerra. Se realizaba así lo que había previsto con tanta inteligencia y certeza don José Francisco Vergara en la Junta de Guerra celebrada en Antofagasta en junio bajo la presidencia de Santa María. Vergara había dado la fórmula de la campaña y del pensamiento actual del gobierno. Pinto escribía:

"Octubre 14. Lo que importa sobre todo es andar ligero. Pronto tendremos la presión diplomática para hacer la paz y ésta la haremos en mejores condiciones ocupando a Tarapacá".

Santa María explicaba del mismo modo el cambio de sus opiniones:

"Octubre 10. No faltan quienes griten ahora por la expedición a Lima; pero estos gritos son inspirados por la fantasía, por el brillo de un hecho de armas que sí puede tener una positiva influencia moral no alcanzaría jamás a tener una positiva influencia material. Dueños de Lima, se nos ofrecería y se nos impondría la paz que no podríamos rehusar, y mientras tanto no podríamos exigir como garantía de ella la posesión de Tarapacá. Esta pretensión te miraría como absurda y hasta como inicua. Mientras tanto que teniendo a Tarapacá por nosotros ninguna sorpresa puede haber de que mantengamos y defendamos su posesión, hasta tanto que se nos pague y se nos indemnice todo perjuicio".

Inspirándose en estas ideas el Gabinete envió a Sotomayor una nota colectiva suscrita por todos los Ministros, diciéndole que su plan definitivo era invadir Tarapacá.

*Opinión definitiva
del Presidente y el
Gabinete*

"Octubre 11. No desconoce por cierto US., le decía, que el Perú ha solicitado la mediación europea como también la Americana del Norte, haciendo valer para ello los intereses comerciales que estas naciones tienen comprometidos en la América del Sur, y que son por consiguiente lastimados por las dolorosas, pero imprescindibles exigencias de la guerra". "No tería, pues de extrañar ahora que dada la actual debilidad peruana a causa de la destrucción de tu Escuadra, dada la reiteración de sus súplicas, y dado el poderoso estímulo que despierta el interés comercial, las potencias europeas y americanas se interpusiesen entre nosotros para llevarnos a la paz y nos suscitasen embarazos desagradables. Algunos antecedentes tiene el Gobierno para vivir receloso en este sentido. Esta paz podría no sernos deshonrosa, pero ajusta-

da hoy sin ocupar a Tarapacá o ajustada en Lima después de habernos tomado esta capital, tendría la notable desventaja de que no habría nada que garantizase el cumplimiento de las estipulaciones que se consignasen en el Tratado. No podríamos pedir ni se nos concedería la posesión de un territorio que no habíamos ocupado”.

En cuanto a la ejecución del plan de invasión, como ser el punto de desembarco y las operaciones que se emprendiesen, la misma nota disponía que se resolvieran en un Consejo de Guerra al cual concurriría el Ministro, de lo cual se levantaría un acta siguiendo un procedimiento semejante al que prescribían las instrucciones de Riveros.

Según se desprende de los documentos anteriores, el Presidente dejaba en completa libertad a Sotomayor de resolver las operaciones en proyecto y el Gabinete deseaba que ese punto se acordara en un Consejo de oficiales presidido por el Ministro. Pero había un inconveniente muy grave para aceptar esta indicación. Lo resuelto por el Consejo no se habría podido mantener en reserva, y sabiéndolo el Perú acumularía sus fuerzas en el punto amenazado, y exponería a nuestro Ejército a un rechazo.

Como ya lo he dicho Sotomayor en ese momento, estaba resuelto a llevar la invasión por el norte de Iquique. Vacilaba entre Pisagua y Junín. Se encontraba perplejo porque se le aconsejaba elegir uno y otro lugar, y él no conocía lo bastante el terreno para resolver con acierto. Don Isidoro Errázuriz acababa de llegar del Sur y con su talento brillante y fogoso, patrocinaba un proyecto que en la época se llamó el *plan de Junín* y había enrolado entre sus más fervorosos adeptos a Santa María.

El mentor de esa combinación era un chileno llamado don Bernardo de la Barra, repatriado del Perú, antiguo minero de la quebrada de Pisagua. Se hizo un croquis de la región, el que circuló de mano en mano entre los iniciados y defensores del “plan de Junín”, croquis que Errázuriz llevó a Sotomayor, y al que se dió tanta importancia que se creyó necesario que Barra fuese a Antofagasta a dar explicaciones verbales sobre él. (12). Barra y sus adeptos decían que desembarcar en Pisagua era marchar a una hecatombe, y en cambio muy sencillo bajar en Junín.

Santa María y Errázuriz habían formulado sobre las ideas de Barra un plan completo de operaciones y Errázuriz iba encargado de patrocinarlas ante Sotomayor y ante el Consejo de Guerra, el que según lo dispuesto por el Gabi-

(12) Sobre Barra encuentro en los telegramas del tiempo estas informaciones que revelan la importancia que se daba a sus datos.

“Octubre 16. Sotomayor a Santa María. Errázuriz está aquí. Viene dispuesto a trabajar. El plano que tu conoces y que ha traído sobre Tarapacá será muy conveniente. Ha sido hecho por una persona muy conocedora a petición de David Mac Iver. Si pudieras hacerlo venir en el *Copiapó* podría prestarnos importantes servicios”.

Otro telegrama de la misma fecha: “Id. a id. La persona a quien me refiero en mi parte anterior es don Bernardo de la Barra a quien me dirijo indicándole que si no tiene inconveniente se venga en el *Copiapó*”.

“Octubre 17. De Gandarillas. El señor Barra no puede irse en el *Copiapó* que sale esta noche, pero se irá, según me dice, en el vapor de la carrera que sale mañana sábado”

“Octubre 18. De Santa María. “Sale el *Copiapó* esta tarde y espero que pueda llevar al señor Barra”.

Otro telegrama del mismo día. “De Santa María. En el vapor de la carrera que sale mañana sábado parte Barra”.

nete debía resolver el punto. En una carta que Santa María escribía a Sotomayor en esos días le decía refiriéndose a planes de campaña:

"Octubre 10. Yo no dudo que todo esto lo has madurado mucho. En este sentido Isidoro Errázuriz va a ser un fuerte brazo derecho tuyo. Bastará únicamente que le des tus ideas para que él te las explique, te las coordine, y presente con toda claridad. *Será el mejor redactor de las actas del Consejo*".

Sotomayor inclinado a atender toda indicación del Gobierno acogió sin desconfianza las informaciones de Barra, que había llegado ya a Antofagasta, mucho más desde que Santa María le había reiterado el deseo de que eligiese a Junín como punto de desembarco, en un telegrama en clave escrito con posterioridad a la carta citada.

Veamos en qué consistía el "plan de Junín".

Era una combinación de muchos movimientos a la vez: una agresión simultánea por Pisagua, Iquique y Patillos, simulando desembarcos en todos para que el enemigo ignorase el verdadero punto de ataque, y en medio de la confusión deslizar el Ejército por Junín, el que rápidamente debería tomar las alturas y bloquear la espalda de Pisagua, amagada por la Escuadra. El proyecto descansaba en las opiniones de Barra de que en Pisagua era muy peligroso desembarcar y en Junín tan fácil que en un momento la división envolvería a Pisagua y esta se rendiría sin efusión de sangre.

Pero la desgracia quiso que en esta ocasión como siempre los prácticos estuvieran en desacuerdo. Lo que Barra aseguraba lo contradecían otros. Se habló entonces de un hombre tan conocedor de esas localidades como Barra, que podría resolver las dudas, otro repatriado llamado don Luis Santa Ana que estaba enrolado como capitán del Lautaro, el que a la sazón se hallaba en Coquimbo. Sotomayor lo hizo venir a Antofagasta. La opinión de Santa Ana fué completamente contraria a la de Barra. Al paso que éste declaraba muy fácil la bajada en Junín, Santa Ana la calificaba de casi imposible, por no tener más desembarcadero que un espacio de 40 a 50 metros entre rocas, donde el agua se precipitaba en corriente impetuosa, poniendo en peligro a los botes. En cambio Santa Ana consideraba tan seguro el desembarco por Pisagua que llegaba hasta decir que había puntos de la playa que quedaban al abrigo de los fuegos de los cerros, y que por consiguiente una división podía esperar allí obrando en conexión con otra que hubiese bajado en distinto punto de la costa.

He entrado en estas particularidades porque ellas fueron las que determinaron en definitiva el plan de la campaña.

Sotomayor reserva el punto de desembarco

Sotomayor oía estas discusiones sin revelar su pensamiento. Se había propuesto mantener en reserva el punto de desembarco. Daba tanta importancia al secreto para el éxito de la sorpresa que saliendo de su costumbre desobedeció la orden del Gabinete de reunir el Consejo de Guerra antes de embarcarse. Temió una indiscreción aun de los jefes superiores, y no le comunicó a nadie su resolución definitiva de asaltar a Pisagua, sino al Comandante Condell.

En su *Diario* se encuentra estas palabras que resumen lo dicho:

"Plan sobre Junín y Pisagua. Llegada a mi pedido de Barra. Opiniones de éste contrarias a un ataque a Pisagua. Recomendaciones para que pida al capitán Santa Ana del Lautaro, como muy conocedor de las localidades. Opinión contraria de Santa Ana y más fundada

sobre Pisagua y Junín. Mi reserva sobre el lugar de desembarco como indispensable para el éxito por sorpresa. Falto a las órdenes e instrucciones del Gobierno de reunir una Junta de Guerra. Confidencia que hice a Condell del punto de desembarco”.

En el acápite anterior dejé al Ejército embarcado.

El 28 de octubre el convoy zarpó a su destino.

Empezó la hora de las inquietudes, de las patrióticas zozobras. Pinto se hizo intérprete del sentimiento general del país, escribiéndole a Sotomayor:

“Octubre 31. Hoy he estado con mi ánimo inquieto pensando en que en estos mismos momentos caen heridos o muertos muchos de nuestros soldados. Cuando uno ve el entusiasmo con que tantos de nuestros compatriotas han abandonado su hogar y su familia sacrificando sus intereses, podemos decir con orgullo que el patriotismo en Chile no es una vana palabra”.